



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12377

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

JUEVES 5 DE FEBRERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras fá-
cil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Pachong-Montmartre, 31.

La victoria del sultán

Ya suponíamos que en el embro-
llo de Marruecos vendría con la
rebaja el célebre tío Paco. Por lo
pronto el moro que ha sido pasea-
do por Fez montado en un borrico
no es el Roghi ó sea el Padre de la
burra ni siquiera el tío. Segura-
mente no ha habido tal moro ni
tal burro ni tal paseo y si lo ha
habido ha sido una comedia.

Lo que parece cierto es que el
sultán ha alcanzado una victoria;
pero también para esta ha habido
rebaja, pues el representante es-
pañol en Tanger, señor Cologan,
en un telegrama de confirmación
le resta importancia.

Eso sí, las barbaridades han si-
do enormísimas; se ha hecho uso
de explosivos, de petardos, se ha
pasado a cuchillo a los rebeldes y
á los que quedaron heridos en el
campo se les descuartizó para que
no dieran que hacer.

Un periódico de gran circula-
ción, que se ocupa con interés de
estas cosas, manifiesta sus dudas
respecto a si el ruido que se ha
querido hacer con la victoria del
sultán estará relacionado con el
empréstito marroquí.

Bien pudiera ser; pero sea de
ello lo que quiera, es lo cierto
que el combate librado no pone fin
al conflicto de Marruecos. Este
continúa, si bien mas atenuado,
por que dado el carácter de los
moros, tan dado a fauladas, ha de
haber perdido mucho a sus ojos la
figura del pretendiente.

Pero ya rehara este sus fuerzas
al abrigo de los breñales de Ga-
yata; desde allí tanteara las kabi-
las mas o menos montañesas que
están siempre dispuestas a rebe-

larse contra su señor y más ó me-
nos pronto volverá a presentar la
batalla.

Esto quiere decir que la pelota
se encuentra en el tejado y mien-
tras no caiga y se apodere de ella
uno de los combatientes, no habrá
sosiego para Europa.

Después... ¡quién sabe! Tal vez
no lo haya lampoco, porque em-
piece entonces en peligro mayor.

MIS CANTOS

Genio de la Poesía
tus alas protectoras
cierre sobre mi frente
y extendido sobre mí;
alumbra tus destellos
las dichas seductoras,
que en horas de placeres
osado concebí.

Calmas de los mortales
el infeliz anhelo,
de glorias y esperanzas
camina siempre en pos,
tú vives en los ámbitos
reconditos del cielo
y reflejar pareces
la excelcitud de Dios.

¡Luz siempre deseada!
¡Genio de la Poesía!
¡Cristal del sentimiento!
¡Cuna de la ilusión!
¡Haz que de nuevo suene
la triste lira mía
y anima de mis cantos
la pobre inspiración!

Con alas invisibles
flotando sobre el mundo,
descubres horizontes
de amor y de virtud,
y encuentras el entusiasmo
su manantial fecundo,
y alientas con tus glorias
la nueva juventud.

No cantaré mi lira
los báquicos placeres
que engendra lujuriosa

infame bacanal,
ni el ansia repugnante
de lúbricas mujeres,
ni los mezquinos roces
del mundo material.

No la revuelta danza
que en olvidado día
formara el desenfreno
sin mezcla de pavor,
ni el brindis apuroso
que brota de la orgía
y engendran los confusos
vapores del licor.

No cantaré ambiciones
de locos mercaderes
que solo en la riqueza
la dicha sueñan ver,
ni al torpe que olvidando
sus múltiples deberes
ganó las pasajeras
añiciones del poder.

No escépticas doctrinas,
que maga tentadora
presenta ante los hombres
cual dulce realidad;
y alejaré mis pasos
de senda engañadora,
que empieza con la duda
y acaba en la impiedad.

No cantaré mi lira
del adalid la gloria,
ni la batalla fiera
ni el súbito valor
del felicitado soldado
que adorna su victoria
de lágrimas y sangre
de luto y de terror.

Yo cantaré las ricas
antiguas tradiciones
que el hombre, satisfecho
disfruta al recordar,
de la familia humana
las santas afecciones,
las dichas verdaderas
del venturoso hogar.

Cantaré de los campos
la placentera calma,
de púdica doncella
el inocente amor,

que nace en el silencio,
que vive para el alma,
y es luz y es armonía,
perfumes y color.

Recordaré á mi madre
tesoro de cariño,
de halagos y caricias
perenne manantial,
la que educó amorosa
mi corazón de niño,
la que enjugó mi llanto
con beso maternal.

La que meció mi cuna
al son de sus cantares,
la que guió mi espíritu
de la verdad en pos,
la que sufrió conmigo
llorando mis pesares,
la que enseñó á mis labios
á bendecir á Dios.

De mi patria querida
cantaré la grandeza,
que en alas de la fama
brilló tradicional,
sufriendo que á sus plantas
se agite la torpeza,
minando codiciosas
su augusto pedestal.

Repartiré las dulces
narraciones sencillas
que del hogar en torno
en mi niñez oí,
posando sonriente
mi frente, en las rodillas
del padre cariñoso
á quien mi ser debí:

Cantaré las victorias
que dá la inteligencia,
las luchas del ingenio
las lides del saber,
los triunfos del trabajo,
las glorias de la ciencia,
que del progreso en alas
estiendo su poder.

¡Oh ven, genio sublime,—
destello refulgente
que rasgas de la sombra
el fúnebre capuz,
que al extender los rayos

do tu poder creciente
el universo llenas
con tu brillante luz.

Eres tú de la vida
la esencia verdadera
que halla cuna en el débil
humano corazón,
siu tí no se concibe
la alegre primavera,
ni anhelos, ni esperanzas,
ni dicha, ni ilusión.

El mundo sin tu ayuda,
sin recibir tu aliento,
fuera un desierto triste,
temida realidad,
abismo donde muertos
la fe y el sentimiento
brotarán de las sombras
la duda y la impiedad.

¡Luz siempre deseada!
¡Genio de la poesía!
¡Crisol del sentimiento!
¡Cuna de la ilusión!
¡Haz que de nuevo suene—
la triste lira mía
y anima de mis cantos
la pobre inspiración!

Narciso Díaz de Escovar.

CURIOSIDADES

Los estudiantes suizos

Los estudiantes de nacionalidad suiza
de la Universidad de Lausanne, acaban de
celebrar una gran reunión, en la cual han
proclamado la necesidad de tomar especia-
les medidas contra la invasión de estudian-
tes extranjeros.

El movimiento se refiere especialmente
contra los innumerables rusos que hacen
en Lausanne sus estudios de Medicina.

El profesor Herzon ha tomado la defensa
de estos últimos, que le hicieron en pago
una entusiástica ovación.

Pronósticos terribles

Herr Zingen, hombre de ciencia, de
Praga, opina que la Martinica y, probable-
mente, otras islas antillanas, serán com-
pletamente destruidas el año próximo, á



Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C^a.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 158

levita desabrochada, se distinguía una ligera man-
cha roja.

—¡Ah! ¡Qué lástima!—dijo involuntariamente, des-
viándome de aquel triste espectáculo.

—¡Naturalmente, es una lástima!—dijo junto á mí
un soldado viejo, apoyado sobre su fusil con aire tris-
te.—No teme nada; y eso no está bien; así que, ¿có-
mo es posible?...—añadió mirando atentamente al
herido.—Es demasiado novio, y la ha pagado.

—Y tú, ¿tienes miedo?—le pregunté.

—¿Crees tú que no?

XII

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 155

granadas... ¡Pero para qué referir los detalles de
aquel horrible cuadro, cuando tanto hubiera yo dado
por olvidarlo?

El teniente Resenoz tiraba con la carabina; y
con su ronca voz gritaba sin cesar á los soldados, co-
rriendo á galope de un extremo á otro de la columna.
Estaba algo pálido, lo cual sentaba muy bien á su fi-
sionomía marcial.

El bizarro subteniente estaba contentísimo la auda-
cia brillaba en sus hermosos ojos negros, y su boca
sonreía ligeramente. Volvióse á cada momento hacia
el capitán, pidiéndole permiso para lanzarse á la car-
ga.

—Pongámoslo en dispersión—decía con acento
convencido.—A fe mía, que los dispersamos.

—Es inútil—respondió secamente el Capitán.—Hay
que replegarse.

La compañía del Capitán ocupaba la lina del bos-
que, y los soldados agachados no tiraban más que pa-
ra contentar. El Capitán, con su levita usada y su
gorro despeluzado, aflojando brida á su caballo
blanco, y cogiendo las piernas sobre el estribo acor-
tado, permanecía inmóvil y silencioso en el mismo si-
tio. Los soldados sabían también lo que tenían que
hacer, que no había necesidad de darles órdenes.
Únicamente algunas veces el Capitán levantaba la
voz para reñir á los que levantaban la cabeza. Su as-

CUATRO soldados llevaban al subteniente en una
camilla. Detrás iba otro soldado conduciendo
por la brida á un caballo flaco y cargado con dos ca-
jas verdes en que llevaban los instrumentos de cir-
ugía. Aguardábase al médico.

Los oficiales se acercaban á la camilla y trataban
de consolar y dar ánimo al herido.

—Vaya, hermano Alanino, ahora no podrás bailar
en algún tiempo—dijo sonriendo al teniente Resen-
oz.